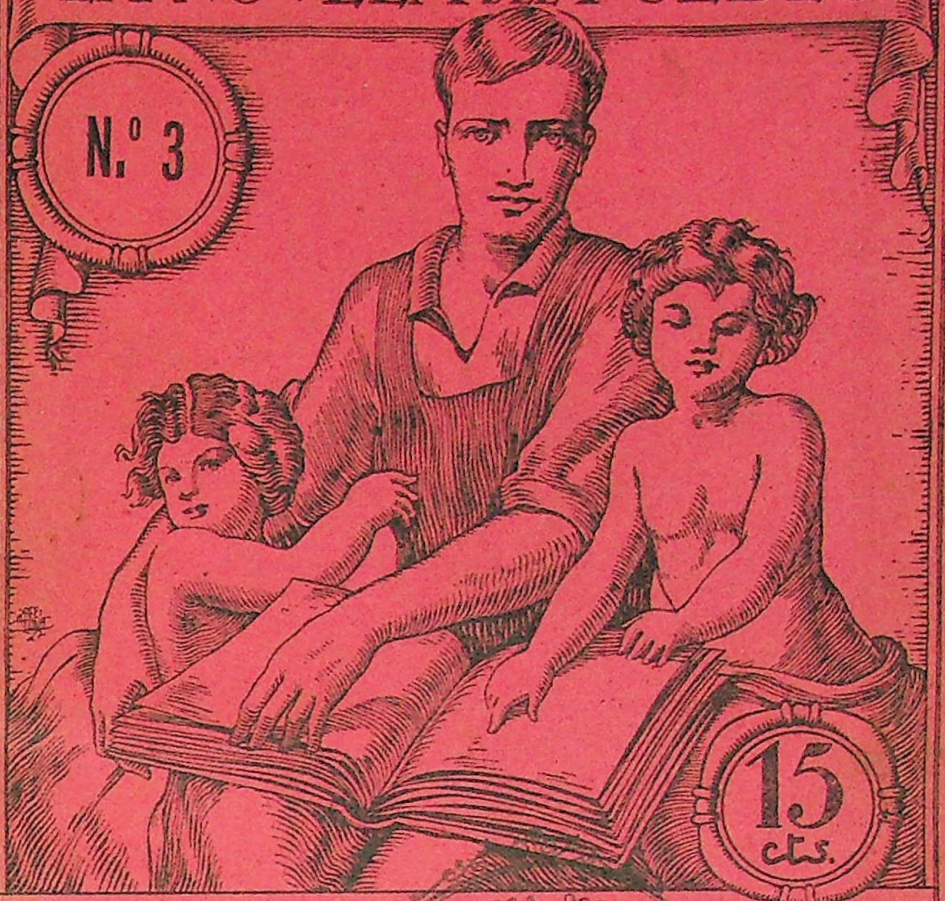
LA NOVELA DEL PUEBLO

N.º 3



15 cts.

BIBLIOTECA POPULAR
SANTA FE

¡HUYAMOS!

por ANGEL RESTAÑA

Biblioteca Social

Los libros de esta colección, son seleccionados entre los mejores de cada autor y están escrupulosamente traducidos

Cuentos de Italia
por M. Gorki

La Montaña
por Eliseo Reclus

El Imperio de la muerte
por W. Korolenko

El Calvario
por Octavio Mirbeau

La Etica, el Estado y la Revolución
por P. Kropotkine

¿Qué hacer?
por León Tolstoi

El Arroyo
por Eliseo Reclus

Crítica revolucionaria
por Luis Fabbri

Ideario
por Enrique Malatesta

Almas muertas (dos tomos)
por N. Gogol

Cada volumen consta de más de 200 páginas, esmeradamente impresas, y se vende al precio de DOS PESETAS

LA NOVELA DEL PUEBLO

¡HUYAMOS!

POR

ANGEL PESTAÑA

PUBLICACIONES MUNDIAL
APARTADO 925 BARCELONA

TALLERES GRÁFICOS COSTA : CONDE DEL ASALTO, 45.-BARCELONA

I

¿Qué suceso grave, extraño, importante había ocurrido en casa de don Patricio, el acaudalado y rico propietario del pueblo? Nadie lo sabía. Todos lo ignoraban. Sin embargo, la curiosidad malsana de la vecindad se había puesto en movimiento para averiguarlo.

La severa actitud de los criados de la casa, principalmente de los más antiguos y de más confianza, intrigaba doblemente a los cazadores de noticias.

El doble sentido, el retintín y la incoherencia de los más locuaces y habladores daban lugar a comentarios más o menos apasionados, no siempre justos y veraces.

El deseo de penetrar aquel misterio, de abrir boquete en la muralla de silencio que rodeaba el acontecimiento, hicieron que cada cual echase a volar su fantasía y aceptase como verdad indiscutible los absurdos más desprovistos de razón.

Que el suceso era grave todos lo suponían. Pero no podían ir más allá de la mera suposición. Y esto les intrigaba.

La gravedad silenciosa de la servidumbre de la casa, obedeciendo, sin duda, a razones de orden superior, hacía más confusa la situación.

La ansiedad se reflejaba en los semblantes. El afán de noticias hacía que, cada vez que un criado salía a la calle a cualquier cosa, se le acosase materialmente. Rodeábanle al instante los curiosos mareándole a preguntas que, las más de las veces, quedaban incontestadas.

Y cuando el criado traspasaba de nuevo el portalón de la casa señorial, cada uno de los que le habían interrogado se creía ya en posesión de la verdad.

Sin embargo, ésta no había traslucido a la calle, y no sólo a la calle, sino ni a la misma servidumbre.

Solamente Petra, la vieja ama de llaves, la persona de

más confianza de don Patricio, ya que ella era el alma del gobierno interior de la casa desde que el amo enviudara, sabía lo que había ocurrido. Pero su discreción, probada en muchas otras ocasiones, no se desmintió por esta vez.

El rumor de los que se suponían enterados sabía que, como todos los días, al despuntar el alba, comenzó en casa de don Patricio el movimiento habitual para las faenas de labranza.

Los mozos, a la hora acostumbrada, dieron el pienso de la mañana a las caballerías y luego las engancharon y marcharon al campo.

Los criados que se quedaban en casa comenzaron sus trabajos sin notar nada anormal ni extraordinario. Sólo a media mañana, al punto de sonar las diez, cambió bruscamente la situación.

Como de costumbre, don Patricio se había levantado a las siete y salido al campo a vigilar la labor de sus peones. Regresó cerca de las nueve. Almorzó. Después de almorzar, dió un repaso a «El Eco de la Provincia», diario al que se hallaba suscrito.

Terminada la lectura del periódico, y cuando se levantaba para dirigirse al despacho, uno de los mozos que trabajaban fuera entró y le entregó una carta.

La lectura de la misiva produjo en don Patricio efectos fulminantes. Rápido como una exhalación dirigióse al cuarto de Rosalía, su hija, y con voz velada por la cólera, llamó repetidas veces.

A poco presentáronse Rosalía y Petra, alarmadas por el tono de voz con que don Patricio llamara a su hija.

¿Qué pasó después? Media hora larga duró la entrevista.

Los más enterados, afirmaban que don Patricio habló largamente a su hija. Que rogó, suplicó y solicitó sin conseguir nada. Que, por último, amenazó; siempre con resultados negativos, ya que Rosalía no hacía sino llorar, sin contestar a su padre. Pero nada más. Nadie sabía nada más.

Terminada la entrevista, don Patricio salió del cuarto de su hija y se encerró en su despacho, del que no había vuelto a salir.

En cuanto a Rosalía, permanecía arrebujada en un sillón y llorando copiosamente.

Esto era cuanto sabían los más enterados, los más perspicaces. Los otros ni esto ni nada.

No faltaron atrevidos que tiraran de la lengua a Petra, al ama de llaves; pero ésta, que amaba con cariño maternal a Rosalía, eludió contestar a las veladas insinuaciones que se le hicieron.

¿La causa del disgusto? He aquí el misterio que inquietaba a los criados y vecinos del más rico propietario del pueblo.

II

Satisfecho y risueño, contemplaba don Manuel la frondosa vega que, abajo, al terminar el declive de la colina, comenzaba.

Feraz y rica, surcada por centenares de pequeños regueros de agua semejantes a cabellos plateados de un gigante enorme en su corpulencia, bien claro se veía que una mano férrea y una voluntad dominadora guiaban con firmeza los elementos que contribuían a hacerla fértil y productora.

Era el paseo favorito del propietario y abogado del contorno, en una pieza.

Don Manuel, aunque estuvo en la capital cursando los estudios de Derecho, no se dejó seducir por los caprichos y volubilidades del vivir de ésta, entre indígena y exótico.

A los goces que la vida en la ciudad puede procurar, prefirió los del campo, los de su suelo natal, los del pueblo que le vió nacer. Además, era el heredero único de la segunda casa, en propiedades, del pueblo, y había que mantener el prestigio y perpetuar el nombre de la familia.

Casado y padre de varios hijos, entre ellos un único varón, quiso que éste, como con él hicieron sus padres, estudiara la carrera de Derecho. Poco tiempo antes terminada, apenas hacía unos días que Fernando había regresado al pueblo, y en su fuero interno, sentíase orgulloso don Manuel, al ver que no sólo no había disminuído el patrimonio que de sus padres heredara, sino que, atento al engrandecimiento de la casa solariega, había procurado aumentarlo con nuevas y valiosas adquisiciones.

Por eso contemplaba radiante la vega que a sus pies se extendía, aun cuando un leve fruncimiento de cejas dejase entrever que su satisfacción no era completa.

Al extender su vista por la vasta llanura, sólo al llegar a la parte de poniente desaparecía la sonrisa del rostro de don Manuel. Al fondo, una mancha obscura, formada por unas cuantas heredades, formando triángulo, le obligaban a que instintivamente las contemplase. Había, en las miradas que les dirigía, como la obsesión de un deseo irrealizable o el terror de un peligro no del todo imaginario.

Sin querer, el término obligado del curso de su contemplación eran las heredades del fondo, las de la parte de poniente, las que, al parecer, no le pertenecían.

Ensimismado en sus reflexiones, no se apercibió don Manuel de que por la ladera del monte un joven subía con la ligereza que las dificultades de un sendero practicado en la colina permitían. Era Fernando.

De mirada amplia y serena, de facciones proporcionadas y regulares, era uno de esos rostros que al verlos por primera vez os atraen, como si ya os fueran familiares.

De cuerpo en armonía con su semblante, veíase que no había sido castigado por las rudas faenas del campo ni de la fábrica. El conjunto, por lo mismo, daba la sensación de belleza y elegancia.

—¿Cómo? ¿Tú por aquí?—exclamó su padre, al verle.

—Sí, papá; qué quieres. Tenía ganas de salir un momento a tomar el aire. Eché por el camino de la huerta, y cuando ya me decidía a retornar hacia casa, divisé tu silueta que se recortaba atrayente en la altura de la colina. Al principio no te conocí. Pensé si sería algún trabajador de casa. Pero la curiosidad me atrajo; y aquí me tienes ahora.

—Bien, hombre, bien; has hecho bien en venir. Además, es preciso que te familiarices con el campo, con la Naturaleza. Estar todo el día encerrado en casa, en el despacho, revolviendo papelotes y examinando escrituras, redactando considerandos o citando disposiciones de tal o cual época, será ocupación adecuada para quienes de enredos judiciales hayan de vivir. Para ti, no. Tú no necesitas de eso. Y además de no necesitarlo, piensa que eres el único hijo varón de la casa, el llamado a perpetuar el nombre de la familia, el que más temprano o más tarde habrá de tomar el gobierno del patrimonio que mis padres me dejaron a mí, acrecentado con lo que las circunstancias y los malos tiempos han permitido que se acrecentase...

—Y a propósito de esto—agregó—, quiero aprovechar la ocasión que se me presenta. Hace días que tenía ganas de decírtelo; pero lo aplazaba hasta encontrar momento favorable...

—¡Fernando!—añadió solemnemente don Manuel.—¿Has pensado ya en la mujer que contigo ha de compartir el camino de la vida?

—¡Papá!—respondió Fernando, todo confuso de aquella pregunta hecha tan de sopetón.

—Nada, nada—objetó don Manuel—. Te habrán sorprendido mis palabras. Lo supongo. Pero no importa.

—Eres un hombre hecho y derecho—continuó—. Tienes veinticuatro años cumplidos. Estas sano, fuerte, vigoroso. Yo me acerco a los sesenta. Aunque estoy fuerte, ya empiezan a pesarme los años, a ser una carga. Mañana, pasado, cualquier día, puede ocurrir lo que fatalmente ha de ocurrir. El deber de un padre previsor es no dejar en el aire nada que pueda comprometer el porvenir de sus hijos. Y yo quiero serlo, en este caso.

—No hablemos de eso, papá — objetó nuevamente Fernando.

—Está bien; no hablemos por ahora—respondió don Manuel—; pero no olvides mis palabras.

—Hasta luego—agregó, después de una breve pausa—, pues voy a ver cómo van las labores en las tierras de secano. Esta mañana salieron cuatro parejas de mulas a preparar para la siembra y me llego a echar una ojeada. Hasta más tarde.

—Hasta luego—respondió Fernando.

III

Fijamente, sin moverse del sitio donde estaba, como si fuera una estaca clavada en tierra, contempló Fernando la silueta de su padre hasta que se perdió en un recodo del camino.

Lentamente llevó una mano a la cabeza y se quitó el sombrero, mientras se pasaba la otra por la frente como ahuyentando pensamientos dolorosos.

Pasaron unos instantes antes que las contracciones de su rostro indicaran un cambio en las ideas que a Fernando agitaban en aquel momento.

»Ciertamente—pensó—, mi padre tiene razón. Debí, por lo mismo, hablarle claramente, plantear la cuestión, abordarla. La oportunidad no podía serme más favorable. En cambio, he tratado de disculparme y salir del paso como un niño que ha cometido una falta. Es preciso, necesario, decidirse. Duran demasiado tiempo estas relaciones que, el día menos pensado, una indiscreción involuntaria puede descubrir. ¿Cederán mi padre y el padre de Rosalía cuando se les pida el consentimiento? Lo dudo.

»No obstante, ahora mismo, de vuelta a casa, escribiré al padre de Rosalía. Buscaré a un criado suyo y le entregaré la carta.

»En la cita de esta tarde con Rosalía, si acude, sabré qué determinación debo tomar.

»Las situaciones indecisas son siempre enojosas. O una rosa u otra. O atrás o adelante. Hasta ahora, nuestro amor permanecía oculto en el sagrario íntimo de nuestros corazones. Ya no puede continuar más tiempo en el misterio. Veremos si se quiebra al rudo choque con la luz de las convenciones sociales. Vamos a ponerlo a prueba.»

IV

Separadas no más que por la calle Mayor, y con sus fachadas principales a la plaza de la Constitución, erguían su *fachenda* de *casas poderosas* la de don Patricio y don Manuel.

Las ventanas y balcones de las dos casas que daban a la calle Mayor permanecían siempre cerradas, como si de mutuo acuerdo lo hubieran convenido. No se abrían nunca. Ni aun cuando la limpieza de las habitaciones correspondientes a balcones y ventanas, o el airearlas, así lo reclamara.

En el duelo a muerte entablado entre los moradores de uno y de otro edificio parecían tomar parte también hasta las piedras con que las paredes estaban construídas.

Aquellas ventanas y balcones, herméticamente cerrados, semejaban a gigantes desafiándose mutuamente. Había un no sé *qué*, un *algo* extraño en aquellas dos fachadas contemplándose retadoras.

Se vigilaban, se espiaban una a otra. Diríase que un fuego interno, una pasión de odio o de temor las agitaba continuamente.

Pero el odio que las separaba, el silencio en que parecían sumidas no impedía que las desgracias o felicidades ocurridas en cualquiera de ellas se transmitieran de una a otra con rapidez vertiginosa.

¿Quién era el encargado de comunicar la noticia? Nadie. Era un *puesto* vacante. Una misión sin misionero. Sin embargo, pronto se sabía en una los reveses o fortuna de la otra.

¿Serían las piedras quienes recogían el eco de cada palabra y lo comunicaban, indiscretas, a las piedras de enfrente? No. Las piedras no eran, porque las piedras no poseen el don de la palabra. ¿Quién era, pues?

Era el dardo envenenado del odio, de la pasión, del egoísmo o del interés. Era la palabra hipócrita de las gentes que en el chisme y en el enredo encuentran el placer que sus depravados instintos necesitan para vegetar.

Por lo mismo, pronto se supo en casa de don Manuel que en la de don Patricio había ocurrido un grave acontecimiento. Pero no se sabía nada más. Se desconocían pormenores.

Cuantas indagaciones hicieran los criados de don Manuel, aconsejados y dirigidos por el mayordomo, para enterarse, fracasaron. Sólo pudo averiguarse que algo grave había sucedido; pero nada más.

Cerca de medio día era cuando uno de los criados, cabizbajo y mohino por su fracaso, retornaba a casa, tropezándose con el amo, que regresaba de la visita a sus tierras de secano.

El mayordomo, que esperaba impaciente el regreso de don Manuel para ponerle al corriente de la situación, explicó en breves palabras lo que sabía, lo que pudo averiguar, declarando, finalmente, que ignoraba la causa del trastorno acaecido.

—Ya se averiguará—respondió don Manuel, dando a sus palabras la entonación picaresca de quien se alegra del mal ajeno—. Y Fernando, ¿ha venido?—preguntó al mayordomo.

—Sí, señor; ha venido ya—respondió éste.

—Bueno—agregó don Manuel. Y volviéndose al mayordomo, añadió:—Di a la criada que prepare pronto la comida, y a Manolo que ensille la mula torda, pues quiero ir a la villa

para hacer unas compras y ver de paso al herrero, por si forjó ya la reja de arado que le llevamos la semana pasada. Porque si no se le da prisa, es capaz de no forjarla en dos meses.

V

Nervioso, agitado, febril, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, paseábase Fernando de un extremo a otro de su despacho de abogado.

Leves y rápidos fruncimientos de cejas, así como un tic nervioso que agitaba sus labios, cual si hablara solo, indicaban en él una gran preocupación.

Además, había dado la orden de que no recibía, de que no estaba. La orden era terminante. Y lo que no acostumbraba: amenazó con despedir al criado encargado de su despacho a la más leve transgresión.

Lo rápido de las idas y venidas denunciaban un estado de ánimo agitadísimo.

Dos días llevaba ya enfrascado en registrar los archivos de familia. Al enterarse su padre, le ofreció ayuda si la necesitaba; pero Fernando la rechazó en absoluto.

Atento a sus investigaciones, olvidaba incluso satisfacer las más perentorias necesidades. Era preciso llamarle a las horas de sentarse a la mesa. ¿Acostarse? El primer día lo hizo con el alba, y apenas descansó unas horas.

Absorbido por el pensamiento que le dominaba, lo abandonó todo, olvidándose hasta de redactar un escrito urgentísimo que la Audiencia reclamaba de él por un pleito que sostenía su padre.

Buscaba, y buscaba con afán, con interés, con febrilidad. Parecía que su dicha, su felicidad, acaso su vida, dependían de aquellas investigaciones.

Por fin, tras un esfuerzo de más de tres horas consecutivas repasando papelotes ya amarillos por la pátina del tiempo, una sonrisa de satisfacción iluminó su rostro. ¿Era aquello lo que tan insistentemente buscaba? Al parecer, sí. Lo repasó atentamente, y su rostro nublóse de nuevo. Sin duda no era aquello lo que buscaba, y si lo era, no bastaba a satisfacer sus febricentes anhelos.

Pausadamente dejó el mamotreto sobre la mesa. Reflexionó un instante, y por fin, murmuró para sí:

«Es igual, completamente igual. Hubiera preferido, sin embargo, saber quiénes comenzaron. Si fueron *ellos* o si fuimos *nosotros*. El agredido, el insultado, el calumniado está, frecuentemente, y si no abusa de su ventajosa posición, en estado de legítima defensa. En un plano de superioridad frente a su adversario; aun cuando esta ventaja puede perderla en cuanto abuse.

»Yo hubiera querido saber la causa de que la familia de don Patricio y la mía se odien tan cruelmente; pero no la puedo averiguar. Pensé que estos papeles, confidentes íntimos de nuestra historia, me lo hubiesen revelado. Mas no dicen nada, o muy poca cosa. No dicen lo suficiente para orientarme. ¿Qué hacer, pues?

»Indudablemente, que de poco me hubiese valido conocer el origen de ese odio para vencer la resistencia de don Patricio en concederme a Rosalía, como la que opondrá mi padre a ese enlace. No obstante, conocida la causa, mi posición era mucho más ventajosa.

»Pero, en fin, ¡qué le haremos! Si estos papeles permanecen mudos, si callan, si guardan temerosos una explicación que hiciera luz, ¡guárdenla en buena hora! Yo pediré a mi amor, a mi cariño, a mi deseo de no torcer el cauce natural de mi existencia una claridad que ellos no me pueden dar. Decidido a todo, abordaré hoy mismo la cuestión. Las situaciones confusas hay que esclarecerlas; y cuanto más pronto, mejor.»

VI

Por las palabras que su padre pronunciara durante la comida, vino Fernando en conocimiento de que don Manuel tenía intención de ausentarse.

Al avisar Manolo que la mula estaba preparada, así como a punto los encargos que el amo hiciera para las labores de la tarde, ya no le quedó la menor duda. Y lo sentía. Se había hecho el firme propósito de hablar a su padre aquella tar-

de y se lamentaba interiormente que se le escapase la ocasión.

Lo dejaría para mañana, con harto pesar suyo. Cada hora pasada en aquella incertidumbre de lo que podría ocurrir, parecíale un año de tormento. Pero no había más remedio que esperar. Le consolaba que el aplazamiento no era por culpa suya.

Al finalizar la comida, don Manuel hizo algunos encargos a su hijo, y éste, fingiendo ignorancia de lo que su padre se proponía, preguntó:

—¿Es que te ausentas esta tarde, papá?

—Sí—contestó don Manuel.

—Lo siento—replicó Fernando—. Deseaba comunicarte un asunto que me interesa, que nos interesa, mejor, y pensaba hacerlo hoy mismo. Pero si te marchas, nada; dejémoslo para mañana. Es igual.

—Si tanto te interesa, puedes hacerlo hoy. Mi ausencia no es cosa imprescindible. Quería ir a la villa a realizar compras y a ver al herrero. Pero ni una cosa ni otra son urgentes. Lo mismo da hoy que mañana. No es cuestión de un día. Así es que puedo quedarme si tanto te interesa.

—Quédate, pues—contestó Fernando—. Y si te parece, lo dejaremos para cuando vuelvas del Casino de tomar café. ¿Te parece bien así?

—Por mí, bien está. Hasta luego, pues. Cuando vuelva, ya te avisaré.

—Bueno. Yo no saldré de casa. Te espero. Hasta luego.

* * *

Premeditadamente había propuesto Fernando la explicación para cuando su padre regresase del Casino. Quería poner unas horas de tiempo entre el momento en que iniciara la explicación y el comienzo de ésta. Excesivamente previsor, quería, cuando por haberla anunciado, no pudiera volverse atrás, hacer su composición de lugar. Mentalmente iría agrupando los hechos, deduciendo las conclusiones y preparando, así, los argumentos a esgrimir en su favor.

Presumía la rudeza del combate que entablaba, y quería pertrecharse con cuantas razones se le alcanzasen. Previsión no infundada en caso tan grave.

Las tres y media serían cuando don Manuel regresó del Casino.

Después de hacer unas preguntas a los criados referentes a trabajos comenzados, preguntó por Fernando.

—En su despacho está—le respondieron.

—Pues avisadle que ahora subo—dijo a uno de ellos.

Y, efectivamente, momentos después entraba don Manuel en el despacho de su hijo.

—Ya me tienes aquí—dijo al entrar y cuando, por retirarse el criado que servía a Fernando, quedaron solos.

—Me place que hayas venido tan pronto, pues así acabaremos antes.

Y una vez sentados el uno frente al otro, Fernando habló así:

—Me decías esta mañana, cuando desde lo alto de la montaña contemplábamos la vega extendida a nuestros pies, que los años comenzaban a pesarte, que el día menos pensado podía ocurrir lo que fatalmente ocurrirá un día u otro, que tu deseo más sincero y más ardiente será verme con un hogar constituído después de escoger la que haya de ser mi compañera en los azares de la vida. Me dijiste todo esto, después de preguntarme si no había pensado en elegir a la que había de ser mi mujer.

—Efectivamente, que dije todo eso—afirmó don Manuel—. Al parecer, han hecho efecto mis insinuaciones, ¿eh?

—Sí, papá. Por mi parte, hace tiempo que deseaba hablarte de esta cuestión; pero un temor, acaso infundado, me retenía cada vez que intentaba dirigirme a ti en demanda de tu asentimiento.

—Pues has hecho mal. Por grande que sea el cariño que a los hijos se tenga, forzoso es reconocer que un día querrán entrar en la plenitud de las exigencias de la vida, como nosotros entramos cuando fuimos jóvenes como vosotros lo sois ahora. La Naturaleza humana tiene sus exigencias. Aparte esto, un instinto natural nos dice a todos que, al igual como nosotros sucedimos a nuestros padres, debemos un día dejar el sitio a nuestros hijos. Es ley natural contra la que nada se puede.

—Me place en sumo grado, papá, que así lo comprendas, pues tus palabras me alientan y animan para que te hable con toda sinceridad. Sin embargo...

—No hay sin embargo que valga. Deduzco de tus reticencias que tienes novia. ¿No es eso? Escondido te lo llevabas, pues nadie sabía una palabra. ¿Y quién es ella? ¿Se puede saber?

—Sí, papá, y te lo diré al instante. Mas antes quisiera hacerte unas preguntas.

—No hay preguntas que valgan. Ardo en deseos de saber quién es la agraciada. Me lo dices, y después pregunta todo lo que quieras.

—Tengo mis vacilaciones, papá. Quisiera antes de decírtelo, saber si...

—No hay saber de ninguna clase.

—Es que vacilo...

—Tus vacilaciones son incomprensibles. Te dije esta mañana que mi deseo era que tomaras estado cuanto antes mejor. Por lo tanto, no comprendo tus dudas. A saber quién es ella; y después hablaremos cuanto quieras.

—Por no contrariarte, voy a decirte quién es. La mujer a quien amo con pasión, con locura, con la misma pureza de sentimientos que haya podido amar el hombre más apasionado; la mujer que compartirá conmigo dichas y desgracias, tristezas y alegrías, si su amor es tan firme como el mío, es Rosalía, la hija de don Patricio.

Oir el nombre de Rosalía y ponerse en pie don Manuel como impulsado por un resorte misterioso todo fué uno.

—¿No he oído mal, Fernando?—dijo don Manuel, una vez estuvo en pie, entre colérico y asombrado—. ¿Has dicho Rosalía, la hija de don Patricio?

—Sí, papá. He dicho Rosalía, la hija de don Patricio—afirmó resueltamente el interpelado.

Hubo un momento de silencio penoso entre el padre y el hijo. Se miraban frente a frente; pero no se hablaban. Dos pensamientos igualmente terribles conturbaban a aquellos dos hombres colocados el uno frente al otro. El padre y el hijo se contemplaban recelosos.

Por fin, reposado, en apariencia al menos, don Manuel rompió aquel silencio harto embarazoso para los dos.

—Yo creía—dijo con voz velada por la emoción—que no ignorabas las diferencias que separan a la familia de don Patricio y la nuestra. Son tan profundas, vienen de tan lejos,

están tan arraigadas que parece más hacedero el juntarse el cielo y la tierra que no mezclarse un Lámperez con un Ruicalvo. Dicen que nada hay imposible. Las gentes llanas, ignorantes y crédulas, así lo afirman. Ni sé ni me importa saber quién hizo por primera vez esa afirmación. Pero si aquí estuviese, si ante mi presencia se hallase en este momento y me dijese que el hijo de don Manuel Ruicalvo había de casarse con la hija de don Patricio Lámperez, le contestaría que es imposible, que no sucedería jamás, al menos mientras yo tuviese un hálito de vida. Ya ves, pues, cuál es mi decisión en este asunto. Nunca consentiré que seas el esposo de Rosalía.

—¿Y por qué?

—¿Aun lo preguntas? ¿No has consultado los archivos de la familia? Supongo que tus investigaciones de estos días pasados están relacionadas con esta cuestión. Creyéndolo así, te repito: ¿aun lo preguntas?

—Pues porque los he consultado te lo pregunto.

—Bien dicen que el amor ciega los entendimientos más preclaros. De no ser así, ¿cómo no has visto en las Memorias archivadas los agravios que de esa familia sufrió la nuestra? Para ser los únicos dueños, los amos absolutos del pueblo, trataron de arrebatar a nuestros antepasados las haciendas y castillo que poseían. De este afán de rapiña surgió la lucha, el odio y las venganzas que han llegado hasta nosotros, y que no se extinguirán hasta que confiesen su falta. Y aun entonces...

—Tampoco se extinguirían. ¡No, no se extinguirán!...—repitió Fernando.

—Dices bien, hijo mío, no se extinguirán. Hay cosas que no pueden olvidarse nunca, nunca. Hay ofensas que no pueden borrarse, que se graban como las marcas hechas a fuego. Durante años y años nuestros antepasados hubieron de soportar las insolencias de los Lámperez. La befa, el escarnio, la infamia, cuando no la venganza o la ofensa directamente hecha, fueron sus armas predilectas. ¿Crees, tú, que esto puede olvidarse? ¿Crees que la blanca paloma con el ramo de olivo en el pico puede posarse como anuncio de paz en la cima de la montaña de odio que nos separa? Antes se-

ríamos malditos. La memoria de nuestros antepasados caería sobre nosotros aplastándonos con el peso de su ira. Reflexiónalo bien, Fernando; piénsalo bien, hijo mío. Ni quiero, ni puedo, ni debo dudar de la pureza, de la honradez, de las inmejorables condiciones que adornen a Rosalía. Todos la consideran y respetan. No debo yo restarle ningún mérito. Pero de esto, de que acepte el juicio que la gente se ha formado de Rosalía a que consienta en que sea tu mujer, hay un abismo insondable, hay años y años de luchas, de odios y venganzas; hay hasta crímenes.

—Lo sé, papá, lo sé. He consultado los archivos de familia. He compulsado con afán insaciable esos íntimos recuerdos de nuestros respetables ascendientes. Horas y horas he estado pendiente de sus letras, borrosas por la acción del tiempo. Febrilmente, con ansia de poseso he investigado días y días. ¿Y sabes cuál es el resultado de mis investigaciones?

—¿Cuál?

—Que tan culpables son unos como otros.

—Cállate, o...—respondió don Manuel en un arranque de furiosa ira—. Blasfemas, maldices la memoria de tus antepasados.

—Ni blasfemo, ni maldigo. Repito que...

—Cállate—rugió más bien que habló don Manuel—. Cállate y no seas perjuro.

—Está bien—objetó Fernando—. Si debo callar, callaré. Si tu autoridad de padre me impone silencio, lo respetaré. No debo olvidar que eres mi padre, que me diste el ser, que por mí has hecho inmensos sacrificios. Eterno remordimiento sería para mí la sola suposición de que pudiera faltarte al respeto.

—Lo sé, Fernando, lo sé; pero no es de eso de lo que se trata. Es que al decir que tan culpables son unos como otros, has violado el sagrario de mi corazón donde mora el recuerdo de los nuestros, has despertado el odio que sólo los años pueden atenuar y me has recordado que no he odiado a los Lámperez con la intensidad que sus maldades merecen. Me has hecho mal, mucho mal. Has injuriado a quienes no pueden contestarte.

—Nada más lejos de mi intención, papá. Ni he querido ni he pretendido injuriarlos. He querido solamente establecer

una verdad que el odio, la pasión, el interés y el afán de dominio han desnaturalizado. Muy lejos de la causa que pudo engendrar ese odio, sólo me alcanzan los resultados, las salpicaduras. Giramos en torno a un círculo vicioso, y cuando quiero romperlo, cuando la ocasión se presenta y nos empuja a vadear el obstáculo, la memoria de mis antepasados se alza ante mí más difícil de sortear que el obstáculo mismo. Que mis abuelos, que mis bisabuelos, que mis tatarabuelos odiaron a los Lámperez, lo reconozco. Hartas muestras tengo de ello. ¿Pero dónde está la razón para que yo siga odiándoles? ¿Dónde está?

—¿Dónde está, preguntas?

—Sí; ¿dónde está?, pregunto. Si el insaciable deseo de dominio fué la génesis, el principio, la causa primera del odio entre las dos familias cuando este deseo se ha extinguido, ¿por qué seguir odiándonos? ¿Por qué alimentar la pasión de la venganza? A nosotros, personalmente, ¿nos ha hecho algún agravio don Patricio?

—No; a nosotros no nos ha agraviado nunca. Pero las tradiciones de familia, al igual que las injusticias contra nuestros antepasados cometidas, debemos recordarlas por el respeto que los desaparecidos nos merecen. A quienes ellos odiaron, debemos seguir odiándolos. A quienes ellos amaron, debemos amar.

—Así, pues, la voluntad de los muertos debe presidir las acciones de los vivos. Nosotros no debemos vivir por y para nosotros, según nuestra conciencia y nuestra voluntad, aunque, como es de suponer, pongamos a la cabecera de nuestros actos el gesto de dignidad que sublimiza una existencia. Debemos vivir por y para ellos. Diremos, como el poeta: «Los muertos mandan...»

—Manden o no manden los muertos, el respeto que los nuestros nos merecen, su nombre inmarcesible, engalanado con ricas preseas de virtud, sublimado por gestos heroicos e imperecederos, respetado por su honradez y austeridad me impiden acceder a tu deseo. Con mi consentimiento no cuentes. Resueltamente me opondré a que Rosalía sea tu esposa. Y si a pesar de mi oposición, de mi negativa, tú haces que lo sea, por la puerta de mi casa no entrará. Ni tú ni ella; ninguno de los dos. Ya lo sabes. Mi decisión es terminante, irrevocable.

Penosamente impresionado por las últimas palabras de don Manuel, guardó Fernando silencio, pues claramente vió la inexorable decisión que su padre había tomado.

Insistir sería empeorar una situación harto grave por sí misma.

—Ya sabes, pues, cómo pienso—continuó don Manuel—. ¿Tienes algo más que decirme?

—Nada—contestó Fernando, vivamente emocionado por la rotunda negativa de su padre.

Pausadamente abandonó don Manuel la estancia, dejando a Fernando sumido en contradictorios pensamientos.

Apenas se cerró la puerta tras el padre, sentóse, abatidísimo el hijo en un sillón, indeciso y contrariado, ante la situación que la negativa de don Manuel a acceder a su unión con Rosalía le creaba.

Antes de comenzar la conversación, ya supuso que su padre se opondría, que no aceptaría de buen grado aquel enlace; pero la delicadeza y miramiento que había puesto siempre don Manuel obviando cuanto pudiera referirse a la familia de don Patricio, habían dejado entrever al confiado joven la posibilidad de obtener el anhelado consentimiento. Ahora veía que no, que no lo obtendría jamás.

La conversación tenida con su padre le llevaba, por otra parte, a conocer ¡cuán profundamente odiaba don Manuel a la familia de don Patricio! Así, lo que Fernando interpretó como deseo de disminuir las distancias, como propósito, en fin, de no ahondar las diferencias, los odios y las venganzas, no era tal, sino estudiada simulación, dominio de una pasión contenida, silencio previamente ensayado. Al abrirse un boquete en la muralla que don Manuel había construído para contener su odio, desbordóse éste y manifestóse en toda su potencia. La simulación había sido perfecta; la manifestación tenía su parte de tragedia.

¿Qué hacer ahora?

¿Retroceder? ¿Recular? ¿Renunciar a su deseo, a su amor, muy probablemente a su dicha? ¿Truncar el curso natural de su vida, arrancar de su corazón una pasión que le hacía feliz? Ni intentarlo siquiera. La imagen de su amada, de Rosalía, se le representaba tendiendo hacia él los brazos en actitud de pedirle ayuda. ¿Debía abandonarla? Se la figuró tan bella, tan encantadora, tan hermosa en aquella actitud suplicante, que se juró a sí mismo no cometer jamás tal villanía.

Tras un momento de meditación, levantóse Fernando del asiento y permaneció un instante en pie, aunque sin moverse del sitio. Su rostro se había transfigurado completamente. La sonrisa habitual lo animaba de nuevo. A contemplarlo entonces, nadie hubiese dicho que aquel hombre acababa de librar una formidable batalla en su interior.

Había tomado una decisión y con ella el firme propósito de llevarla a cabo. Saltaría por encima de todos los obstáculos que a su dicha se oponían. Si Rosalía quería seguirle, él estaba dispuesto a todos los sacrificios. Pero, ¿consentiría su amada? Necesitaba saberlo. Cuanto más pronto, mejor.

Consultó el reloj, y vió que la hora acostumbrada para las entrevistas se acercaba. ¿Acudiría Rosalía? Por cuchicheos de los criados supo que en casa de don Patricio había sucedido algo muy grave; pero ignoraba lo demás. Supo también que su padre estaba al corriente de cuanto se susurraba por la calle. Pero no pasaban de aquí sus noticias. Pudo colegir, sin embargo, que no había transcendido la causa del disgusto. Esto le serenaba por el momento. Amaba tanto a Rosalía, que por nada del mundo hubiese querido oir pronunciar su nombre. Pero podía ocurrir, y sólo de pensarlo poníase frenético. Partió, pues.

VII

El hipo de los sollozos le ahogaba las palabras en la garganta.

Los hermosos ojos azules de Rosalía estaban rojos de tanto llorar. La prueba había sido ruda. ¿Cómo resistió? Ni ella misma lo sabía. Sin embargo, venía abatida, pesarosa, turbada. ¿Qué iba a ocurrir?

A la vista de Fernando, del hombre a quien amaba, sus nervios se calmaron un momento y pareció recobrar fuerzas. Pero esto fué pasajero; solamente duró unos segundos aquella calma. Poco después, los sollozos hiciéronse más frecuentes y amargos.

Apenas llegó Rosalía al lado de Fernando, más que acer-

carse puede decirse que cayó en sus brazos, llorando como una Magdalena.

Reclinada sobre el hombro de Fernando lloraba la joven, y en esta postura, recortándose las dos siluetas bajo la sombra del almendro que sirviera de confidente a sus pasionales amores, más bien parecían la obra de un cincel famoso que dos criaturas apresadas en las garras de un convencionalismo estúpido y odioso.

Fueron momentos de trágica y profunda emoción. Ella lloraba silenciosamente como niño amedrentado, y él, pálido por el furor, era incapaz de dirigirle una palabra de consuelo.

Calmada ya, Fernando se atrevió e interrogarla.

—¿Qué ha pasado, Rosalía—preguntó él con voz velada por la emoción.

—Puedes figurártelo—respondió ella—. El furor de mi padre no tenía límites. Tu carta le violentó sobre manera. Jamás había visto a mi padre tan fuera de sí. Al principio pensó que era una broma. Alguien que quería molestarle. Cuando me preguntó si era cierto lo que en la carta decías, y si te quería, y le contesté afirmativamente, quedó anonadado. Estuvo unos momentos sin poder articular palabra. Poco a poco recobró su dominio. Entonces me interrogó con dulzura. Cuando le hube explicado el curso de nuestros amores, cómo nos hablamos la primera vez y por qué circunstancias había llegado a quererte, me rogó que renunciara a tu amor. Puso un acento tan patético en sus palabras, que, ¡ay! Fernando, mi resistencia fallecía. Invocó a nuestros antepasados. Con prolijos y aterradores detalles explicó la historia de luchas y venganzas homicidas que separan a tu familia y a la nuestra. Suplicó que le evitara la vergüenza de ver tu nombre unido al mío. «Por ti, querida hija—me dijo—, he trabajado con fe, sin descanso, sin desfallecimiento. Lo que de mis padres heredé, procuré aumentarlo para ponerte a salvo de las asechanzas de la miseria. Muerta tu madre, me consagré a ti y renuncié a nuevas nupcias para evitarte el contacto de una mujer extraña. Tus caprichos han sido los míos. Tus deseos, órdenes que se han cumplido al momento. Nunca fué mi intención torcer tus inclinaciones. En mi fuero interno, llegué a familiarizarme con la idea de que pudieras enamorarte de un hombre sin fortuna; pero digno de ti. Y si este

caso llegaba, estaba dispuesto a consentir con tal de hacerte feliz. Pero que te enamoraras de Fernando, del vástago de una familia que tiene odios hereditarios con la nuestra, eso no lo pensé jamás. Ríos de sangre y montones de cadáveres nos separan. Si tú, ciega por ese maldito amor, cruzas ese río y pisas esos cadáveres, serás maldita, perjura y traidora a todos tus antecesores. Medita bien, pues, lo que te he dicho. Sabe, a pesar de todo, que yo no consentiré jamás esa unión. Jamás!»

Un nuevo torrente de sollozos acompañó a las últimas palabras pronunciadas.

Fernando apretó suavemente contra su pecho a Rosalía y la acarició con pasión, al mismo tiempo que decía:

—Cálmate, Rosalía, cálmate. No llores ni te acongojes de esa manera. Lo que tu padre ha dicho es cierto. Tu familia y la mía mantienen odios que se vienen perpetuando a través de las generaciones. Las venganzas, las emboscadas y los crímenes matizan y destacan el odio feroz que se han tenido. ¿Pero no ha de acabarse nunca esto? ¿Perpetuamente han de odiarse? El exterminio ¿es, acaso, ley fatal en su existencia? Y porque ellos se hayan odiado, ¿debemos odiarnos nosotros también? ¡Ah! incomprensible razonamiento para mí. ¿Por qué los hijos han de ser sacrificados a los antagonismos de los padres?

—Pero a qué estas reflexiones—añadió—. Es preciso obrar y han de ponerse manos a la obra. Examinemos nuestra situación y veamos qué nos aconseja hacer. Rosalía, escucha: Ha llegado el momento más difícil para nosotros. El momento de prueba. Hasta hoy, nuestra vida se ha deslizado por un cauce sin obstáculos ni dificultades. Esta misma facilidad hace que el porvenir se nos presente más dificultoso, más erizado de espinas. Vayamos cara a él decididos y resueltos.

—En nombre de los juramentos de amor que nos hemos hecho—continuó—, de las promesas de amarnos eternamente, de las veces que nos hemos prometido fidelidad perpetua, yo te pregunto: ¿me amas aún? Por este amor, por estas promesas y estos juramentos, ¿estás dispuesta a pasar por encima de los obstáculos que impiden nuestra felicidad? Tu padre se opone a nuestra dicha. El mío, igualmente. Posi-

bilidad de convencerles, de hacerles comprender su error y que accedan a nuestro enlace no la hallaremos.

—¿Entonces tu padre tampoco accede?

—Tampoco. Se opone resueltamente, enérgicamente. Invoca, como el tuyo, la memoria de sus antepasados.

—¡Oh!, qué desgracia—balbuceó Rosalía.

—Desgracia o no, esta es la realidad—objetó Fernando—. Nuestras vidas son como dos cauces paralelos a los que una causa invisible impide confundirse. Hemos nacido para odiarnos. El impulso de la pasión amorosa que nos acerca el uno al otro debemos rechazarla por maldita, por espúrea, por infamante. ¿Causa? Nadie la sabe explicar. Dos de nuestros antepasados, cuya memoria se pierde en las lejanías de la historia, se odiaron, y este odio, acrecentado por sus descendientes, es el que nos separa y aleja. Es todo lo que saben nuestros padres. La obra del tiempo, el sedante que los años y las centurias suelen derramar sobre esas heridas, han sido ineficaces para las que se causaron nuestras familias. Siguiendo su tradición, yo y tú, amor mío, debiéramos odiarnos a muerte, maldecirnos y..., pero, ¿para qué seguir?

—No sigas, no; me hace daño lo que has dicho. No sé qué me pasa que me siento decaída, sin fuerzas, sin ánimo para nada. Pero dices bien: ¿por qué hemos de odiarnos nosotros?

—Eso mismo me pregunto yo desde esta mañana, sin hallar la respuesta conveniente. Me debato en un ambiente de tinieblas, más denso a cada movimiento que hago para salirme de él. Esta situación no puede prolongarse. Hay que ponerle un término. De ti depende la solución. Tómate, Rosalía querida, unas horas para contestar. Ahora estás bajo el peso de emociones a las que nuestra vida pueblerina no nos tiene acostumbrados. Roto el equilibrio, parecemos peleles a merced de cualquier impulso. Es preciso recobrar el equilibrio perdido. Por eso te digo que te tomes unas horas para contestar. La vida, nena mía, es un juguete tan atrayente como frágil. Si se deja caer al suelo y se rompe, no faltan composiciones que lo peguen, pero queda siempre la raya que señala la rotura. Lo pega y nada más, pero ya no es el mismo, aunque lo parezca. Por eso, jugar con el amor, que es la vida, ofrece serios peligros. No juguemos, pues. Mañana te espero aquí otra vez. Es necesario que yo sepa si por nuestro amor estás dispuesta a todo sacrificio. Ahora separémonos. Vuelve a casa antes que tu padre note tu ausencia. No empeoremos una situación que de sí ya es bastante grave. Mañana espero tu respuesta. No olvides, Rosalía, que de ella depende el giro que van a tomar nuestras vidas. Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana, Fernando de mi alma.

VIII

La tenacidad de las gentes a quienes el ambiente monótono de la vida pueblerina tiene pendientes siempre del menor acontecimiento terminó por triunfar en toda la regla. Nada valió contra ella la discreción de los criados. Ni la de los amos. Unos y otros quisieron guardar el secreto. Pero el secreto dejó de serlo. ¿Por qué causa? Difícil hubiera sido averiguarlo. Lo cierto, en resumidas cuentas, era que todo el pueblo estaba enterado de que Fernando, el hijo de don Manuel, había pedido a don Patricio la mano de su hija Rosalía. Que ésta amaba a Fernando; pero que don Patricio no consentía en aquel enlace. Sabían también que don Manuel había dicho a su hijo que antes de consentir aquel casamiento se moriría de vergüenza, y que estaba dispuesto a renunciarle de hijo, a desheredarle, a echarle a la calle. En consecuencia: que lo sabían todo.

Los comentarios a que dió lugar tal suceso fueron tan variados como vacíos de sentido. ¿Podía ser de otra manera? Cada cual de los comentaristas obraba, inconscientemente, hay que suponerlo así, sugestionado por determinismos de ambiente local.

Unos eran allegados, deudos, servidores o favorecidos de don Patricio. Los otros lo eran de don Manuel. Los comentarios, por tanto, giraban, no en torno a la petición hecha por Fernando, sino, como es consiguiente, al interés por el que cada cual se hallaba ligado a una de las dos familias.

Entre las dos casas poseían casi las dos terceras partes de las tierras del término municipal. La rivalidad que de siempre las había separado, infiltróse, con el tiempo, en la mente

de todas aquellas gentes. Por lo mismo, casi sin darse cuenta, inconscientemente, muchos de los vecinos del pueblo sentían cierta aversión hacia otros. No porque se hubiesen hecho ningún daño entre sí, no; nacía la aversión del odio que los amos se profesaban. Cuanto más cerca de éstos se estaba, más intensa se hacía la aversión. Era una gradación natural. Ascendía o descendía en la misma proporción de las relaciones mantenidas.

Así, los más allegados de la familia, discutían con más calor y apasionamiento. No concebían lo ocurrido. Unos lo conceptuaban como un disparate. Los más sensatos como una incomprensible equivocación. No faltaban tampoco los que, mirándolo por el lado del interés, vieran en aquella unión el designio de que el pueblo tuviera la más rica casa de la comarca. Y como a la riqueza unían la idea de poder, de mando, de autoridad, suponían vinculada en el pueblo la autoridad mayor de todos aquellos alrededores. Por último, había los pobres de espíritu. Los que atribuían lo sucedido a designios de quien todo lo puede para acabar con el odio entre las dos familias. No olvidaremos a los que lo atribuían a la intromisión, un poco incomprensible, del demonio, que se había propuesto acrecentar los odios para ganar almas para Satanás.

Cada cual, no obstante, daba una opinión. La suya, como es de suponer. Había quien apoyaba sin reservas la actitud de don Patricio. El honor de la familia—decían — quedaría mancillado por esta unión. Veíase en seguida que quien así hablaba, hallábase vinculado por algún interés con el padre de Rosalía.

Al contrario, no faltaba quien opinase distintamente. No en el sentido de que don Patricio debió ceder. Esto no lo consideraba nadie. Reflejaban todos las pasiones de quienes los dominaban. Querían decir que hizo bien don Manuel oponiéndose a que Fernando se uniese a Rosalía. ¡Oh! hubiese sido un escándolo—afirmaban—. Así, el amor de aquellos dos jóvenes, su pureza de intenciones, no sólo chocaba con la oposición de sus padres; venía a estrellarse también contra la rutina de todos sus convecinos.

Los más viejos de éstos; los que conocieron a los abuelos de Rosalía y Fernando eran los más tenaces en encender los odios y las pasiones. No exponían ideas propias. No las

tenían tampoco para exponerlas. Pero se hacían intérpretes de las de sus antiguos amos. Es un espectáculo doloroso, antipático, irritante; pero es así: los esclavos reflejan casi siempre las ideas de quienes los esclavizan. En el caso de ahora, la ley general quedaba plenamente confirmada.

Las discusiones se generalizaban. Al principio sólo discutían los más conocidos. El temor de que el *amo* se enterase de que había discutido con un adepto del otro amo paralizó la lengua de muchos. Pero a medida que pasaba el tiempo y las discusiones se animaban, desapareció la prevención, confundiéndose los partidarios de don Patricio con los de su enemigo don Manuel.

El pueblo era una hoguera, y todos, con la seguridad de no equivocarse, echaban leña en aquel fuego.

Un observador imparcial hubiese sacado una conclusión dolorosa: la de que don Patricio y don Manuel tenían razón. Tan profundamente había penetrado en todos la idea de que el odio más enconado debía separar a aquellas dos familias que no concebían se extinguiese. Al hablar así, hay que reconocerlo, proyectaban hacia el exterior ideas que, paulatinamente, pacientemente, habían elaborado en su fuero interno.

Era la gota de agua que horada la piedra. La palabra sentenciosa, intencionada, envuelta en odio y penetrante como afilado puñal que una y otra vez se pronunciara para zaherir al vecino, había echo su labor; y bien claro se veía ahora, cuando en el calor de las conversaciones y olvidándose de posibles consecuencias, el pensamiento no tenía frenos.

Las mujeres y los hombres, los niños y los viejos, los mozos y las mozas, todos estaban intrigados, suspensos, pendientes del desenlace. No faltaban los profetas. Pronosticaban que todo acabaría allí. La autoridad de los padres es soberana—afirmaban—. Los hijos, cuando son buenos hijos, han de acatar esa autoridad. Y aquí terminaba su razonamiento. ¿Para qué más? El padre manda. El hijo obedece. Es la ley. Es, además, la costumbre. Y contra estas dos veneradas instituciones nada puede hacerse. Rosalía y Fernando acatarían las disposiciones de sus padres respectivos. Esta, también, era la idea más generalizada y la que más partidarios tenía.

Mientras el rumor público iba tejiendo la mortaja al grave suceso que por unas horas agitara los pensamientos y

conturbara los ánimos, y con la noche recobraban su natural proporción los acontecimientos del día, Fernando, que no había salido de casa, estaba al corriente de cuanto en las tertulias se había dicho. El rumor callejero llegaba, perfumado por la libertad que todos se habían tomado de opinar, hasta lo más recóndito de las dos casas señoriales. Las visitas menudearon como en las grandes solemnidades. Con cualquier pretexto se iba a visitar a don Manuel y a don Patricilo. Y estas visitas oficiosas eran las que traían el eco de las palabras de fuera.

Fué un día penoso para Fernando. Pesaban sobre su ánimo las palabras de la calle, los comentarios, la incomprensión de todos por su actitud, la incertidumbre de lo que pudiese ocurrir y, más que nada, no tener la menor noticia de Rosalía. Este era su mayor tormento, su más angustiosa inquietud. Hubiera querido consolarla, animarla, infundirle un poco de su energía y valor. ¿Pero cómo llegar hasta ella? Imposible. Y esto le torturaba a todas horas. Se la figuraba cohibida, llorosa, apartada en un rincón, sin nadie que la sostuviera. ¡Cómo le hacía padecer esta suposición suya! ¡Y qué largas, qué interminables se hacían las horas! Cada momento miraba el reloj. Pero nada. El tiempo seguía su curso normal. No está en la mano del hombre alterarlo en su ritmo. Bien lo hubiera querido alterar Fernando; pero era imposible. Había que resignarse y esperar.

Al caer la tarde, llamó Fernando a uno de los criados en quien tenía más confianza y le encargó indagara alguna noticia sobre Rosalía. Quería saber algo de ella. Poco o mucho, lo que fuera. Sufría tanto por la ignorancia en que estaba de lo que a ella pudiera ocurrirle, que el pensamiento no le daba punto de reposo.

—Con discreción—dijo Fernando al criado—procura enterarte si le ha pasado algo a Rosalía. He de advertirte que no admito fantasías. Averigua lo que puedas. Y si nada puedes averiguar, dímelo francamente. No te pido más.

El tiempo que tardó en volver el criado se le hizo más largo aun. Se forjaba ideas y pensamientos que le conducían a aberraciones estúpidas. ¿La habría maltratado su padre? El pensarlo sólo le dió escalofríos de terror. «Cometería una barbaridad—pensó—. No respetería ni sus canas ni sus años.»

«¿Pero qué estoy pensando? Esto es una locura. Pegarle no le pegará; pero ¿y si la encierra en alguna parte, lejos de aquí, donde yo lo ignore? ¡Oh!, no; esto no ocurrirá. Lo impediré. Montaré toda la noche una guardia delante de la casa de don Patricio. Pero no ocurrirá. Es ridículo que piense estas cosas. Además, si la encerrara en alguna parte, yo sabría encontrarla. Estuviese donde estuviese la encontraría.

»De todos modos debo vigilar por ella. Que no se violente su voluntad. Si arrepentida de su amor, dominada por los convencionalismos me rechaza, respetaré su decisión, su deseo. Pero que no se la violente.

»¡Cuánto tarda Antonio!—pues así se llamaba el criado que envió a buscar noticias.—Su tardanza me intranquiliza. ¿Habrá ocurrido algo?»

Poco después abrióse la puerta del despacho y apareció Antonio. Febril, le interrogó Fernando:

—¿Qué has averiguado?

—Nada, señor. Sólo he podido confirmar lo que usted sabe ya.

—¿No has podido averiguar nada?

—Muy poca cosa. Al salir de aquí, vi, sorprendido, que la casa de don Patricio estaba cerrada. Contra la costumbre, cerraron apenas obscureció. Pasé rozando el portalón por si apercibía algún ruido. Nada pude oir. He recorrido el pueblo acercándome a los pocos corrillos formados, y fuera porque me conociesen y les infundiera respeto, o porque, en realidad, no sabían más, es lo cierto que no he podido averiguar nada nuevo.

—Escucha: ¿has oído decir si Rosalía, sola o acompañada, ha salido del pueblo? Te extrañará la pregunta, ¿verdad? Pues aunque te extrañe, contéstame.

—No, señor; nada oí decir. En uno de los corrillos estaba la mujer del tío Petaca. A ésta oí decir que había visto a Rosalía al obscurecer, que no había salido de casa. Pero no oí nada más.

—Está bien; puedes retirarte.

La desesperación le dominaba. Las noticias que le había traído el criado, no aumentaban, pero tampoco disminuían su ansiedad. Había que resignarse a esperar. Tomar una decisión cualquiera podía ser funesto. Si sólo fuera él quien

recibiese las consecuencias, no vacilaría un instante. Pero, ¿y si caían sobre Rosalía? Este temor le paralizaba, le impedía tomar ninguna decisión. Había que esperar. No quedaba otro remedio.

IX

Resignado a esperar y deseando encontrar un aliciente que le ayudase a engañar su impaciencia, ya que acostarse era inútil, pues no conciliaría el sueño, tomó un libro de la estantería buscando en la lectura un auxiliar a su desasosiego. Pero nada. Leyó y releyó páginas y páginas. Y lo que en otras ocasiones había sido para él recreo del espíritu, era ahora una cosa muerta, insípida, trasnochada y aburrida.

Dejó el libro y cogió la pluma. Se acordó de que en la Audiencia esperaban un informe suyo, y pensó que aquello le entretendría. Pero tampoco esto pudo entretenerle. Un pensamiento le obsesionaba: ¿Cómo estará Rosalía?

Los *considerandos* que debían defender el derecho de su padre bailaban en la cabeza de Fernando como peleles desarticulados. Se confundían, se mezclaban, formaban un amasijo informe sin correlación ordenada entre sí. Su prosa, que en el terreno forense había sido elogiada por lo correcta, resultaba ahora barroca, confusa y desaliñada. No podía continuar. Además, sentíase cansado. La cabeza le pesaba. Lo avanzado de la noche le sumía en una pesadez que paralizaba los miembros y la mente.

Levantóse del asiento; paseó largo rato; volvió a tomar el libro y a sentarse en un sillón. Poco a poco las letras hacíansele más borrosas, diríase que saltaban de una línea a otra hasta que, vencido por el cansancio del día, cayó en un sopor muy parecido al sueño.

El frío de la madrugada le sacó de aquella somnolencia. Habían pasado cuatro horas. Despuntaba el día. Acostóse, vestido, en la cama. «Reposaré unas horas»—pensó—. Vana ilusión. Las horas pasadas semidormido en el sillón le desvelaron completamente.

Consiguió reaccionar un poco y entrar en calor. Saltó de la cama. Además, el trajín ya comenzado de los mozos de labranza y de las criadas preparando la comida a los que iban lejos volvió a Fernando a la exacta realidad.

En plena lucidez de ideas, percatóse que comenzaba el día más decisivo, hasta entonces, de su vida. La imagen de Rosalía se le apareció señalando la separación entre el pasado y el futuro. Fuera cual fuera la decisión de su amada, sabía que iba a cambiar radicalmente el curso de su existencia.

Más sereno que el día anterior, en pleno dominio de sí mismo, de sus facultades y pensamiento, dispúsose a esperar la hora de la entrevista.

Recapituló mentalmente sus ideas para ver si le ratificaban en el propósito tomado. Le ratificaron en él. Nada debía cambiar.

Comenzó, pues, a preparar sus asuntos, a ordenarlos, a ponerlos en regla. Los ordenaría y después...

* * *

Más que puntual, adelantado, llegó Fernando a la cita. Casi siempre eran las cinco pasadas cuando se encontraban, y apenas si habían sonado las cuatro y media de la tarde cuando Fernando llegó. Faltaba poco menos de una hora. Esperaría.

La impaciencia, sin embargo, le había sacado de casa demasiado pronto; la impaciencia, igualmente, iba a hacerle interminables, abrumadores, eternos, los minutos que faltaban.

Paseó un momento. Sentóse luego. Volvióse a levantar y a pasearse. Con mirada penetrante escrutaba el lugar por donde habitualmente venía Rosalía. Comenzaba a impacientarse. Le pareció muy tarde. Consultó el reloj: habían pasado tres minutos.

Se reconvino: «¡Qué poca paciencia tengo! ¡Soy un... cualquiera!» Vuelta a sentarse. Vuelta a levantarse. Nuevos paseos. Nuevas idas y venidas. Consultas incesantes al reloj. «¡Qué poco adelanta! ¿Se habrá parado?» Lo escuchó. El reloj andaba. De cuando en cuando, puestas las dos manos en forma de visera sobre los ojos concentraba la mirada hacia el sitio por donde sospechaba aparecería su amada. Pero nada. No venía.

Una inquietud, una desazón; a veces un escalofrío segui-

do de un pensamiento siniestro le agitaba desde los pies hasta la cabeza. «Le habrá ocurrido algo grave? ¿Vendrá?»

Pronto lo iba a saber. ¿A qué atormentarse, entonces?

Nuevamente puso sus manos en forma de visera sobre los ojos y escrutó el camino que Rosalía debía seguir. Al cabo de un instante de atención, sus ojos adquirieron fijeza extraña. Retuvo el aliento. Quedóse completamente inmóvil y clavada la vista en un bulto que parecía caminar y que se divisaba a lo lejos, por el camino, entre unos cañaverales. «¿Sería ella? Sí... sí... Lo es... lo es...» Luego: «no... no... ¡no es R...osalía!... Sin embargo, parece ella... ¡Lo es, lo es!» —afirmó rotundo, pues la había conocido al cruzar un trecho donde el cañaveral había sido quemado....

—¡Viene! ¡viene!—exclamó, gozoso—. ¡Oh!, qué dicha tan grande es la mía. Me ama como yo la amo a ella: con el fuego de una pasión inextinguible, eterna, perenne...

—Pero...—añadió—, ¿y si viene a decirme que todo ha terminado entre nosotros?... No, no; no puede ser. Rosalía me ama; y, sin embargo...

Una ráfaga de tristeza le conmovió todo entero. Quedóse como alelado. Su propio pensamiento le asustó.

Un sollozo de angustia, de sufrimiento contenido, de torturas morales, le sacó de aquel estado. Rosalía se apoyó en sus brazos, llorando silenciosamente.

No supo qué decirle. La acarició mimoso y la besaba en la frente. Aquellas lágrimas le causaban un dolor profundo. Paralizaban su lengua.

—Cálmate, Rosalía—le dijo, cuando más dueño de sí mismo, pudo reponerse de la impresión—. Cálmate y sentémonos un instante.

Pasaron unos minutos, eternos, de angustia. Rosalía sollozaba débilmente, suavemente, inclinada la cabeza sobre el hombro de Fernando. Este, suspenso por el dolor de su amada, no se atrevía a interrumpirla.

Por fin, Fernando interrumpió aquel silencio.

—Rosalía—dijo el joven—, aun comprendiendo que mis palabras van a reavivar tus angustias, tus sufrimientos y congojas, ha llegado el momento de explicarnos con toda claridad. Inútil repetir lo que ya sabes. Nuestros padres, obedeciendo a prejuicios y atavismos arbitrarios, se oponen a nuestra dicha, a nuestra felicidad. Esta depende ahora de

nuestra exclusiva voluntad; de la entereza que tengamos, para enfrentarnos con la situación que se nos crea. Por lo tanto, yo te pregunto otra vez: ¿Me amas aún? ¿Por este amor, estás dispuesta al sacrificio?

—¿Aun me lo preguntas?—arguyó la joven—. No me atormentes, Fernando, no me atormentes—añadió, entre suspiros.

—Pues bien; si estás dispuesta al sacrificio, abandonémoslo todo: padres, casa, familia, el terruño que nos vió nacer, amigas y amigos, deudos y parientes, todo: ¡huyamos!

—¿Huir has dicho? ¡Qué vergüenza, qué deshonor! Me pides lo imposible, Fernando.

—Acaso tengas razón. Pero entonces separémonos para siempre. Sacrifiquemos en el ara de unos odios familiares y hereditarios nuestra dicha, nuestra felicidad, nuestra propia vida, pues renunciar al amor es renunciar a la vida.

—No, no; eso no. Renunciar a tu amor, jamás. Sería renunciar a la luz, quedarse ciega, caminar a obscuras por la vida. ¿Renunciar a tu amor? ¡Nunca!

—¿Pues qué otro camino tomar, querida mía? Lo he buscado y no lo encuentro. La oposición de nuestros padres será eterna. Aumentará cada hora, cada día. Temerosos, vigilarán nuestros pasos. Hasta de la dicha de vernos y hablarnos como hasta ahora nos privarán. ¿Qué hacer, pues?

—Cualquier cosa. Lo que tú quieras. Pero huir, no. Tengo miedo...

—¿Miedo? ¿A qué? ¿A las gentes? ¿Al qué dirán? ¿A la miseria? Por encima de todo hemos de pasar. No por voluntad nuestra, por capricho juvenil. Son las circunstancias las que nos obligan. Algo superior a nosotros y que no podemos destruir. ¿La miseria?..

Tras una breve pausa, con acento dolorido en la voz, prosiguió:

—Sí, acaso tengas razón. No tengo derecho a exponerte a la miseria. Ya lo había pensado. Pero supuse que con un poco de sacrificio por tu parte, obviaríamos ese inconveniente...

—Fernando, por favor, no prosigas, no prosigas. Tus palabras me hacen daño. No es la miseria lo que me asusta.

Si por esto fuera, renunciaría a mis riquezas ahora mismo, y seríamos felices.

—No te asuste, amor mío, la miseria. Trabajaré. Soy joven, fuerte. Tengo deseos de trabajar. Muchos deseos. A veces me avergüenzo de ver que soy un parásito que vive del trabajo ajeno. Y siendo para ti, para ti, que eres la ilusión más elevada de todos mis pensamientos, figúrate con qué placer, con qué afán, con qué entusiasmo trabajaré. Por esto mismo debemos huir. Y ya que las riquezas han sido la causa de nuestra desgracia, purifiquémosla, divinicémosla por el trabajo, por el amor.

—Fernando...

—Sí, sí, Rosalía. No dudes un minuto más. No vaciles. Rompamos con el pasado. Guardemos de él sólo el recuerdo de nuestros amores y un respeto profundo, venerable y eterno para nuestros padres, que víctimas de un odio atávico, tan secular como incomprensible, no han tenido el valor de pasar por encima de tales prejuicios. Vivamos nuestra vida, la nuestra. Vivámosla intensamente, tan intensamente como podamos. La de nuestras necesidades, en el trabajo que ennoblece y dignifica; la de nuestra felicidad, en el amor y en la inteligencia. ¿Te decides? Piensa que la noche se echa encima; que tu padre, suspicaz, notará tu ausencia. Lo mismo que el mío. Que todo está preparado. ¿Aceptas?

Unos segundos de silencio por parte de Rosalía, que a Fernando se le antojaron horas, puso fin al grave acontecimiento que desde dos días ya, traía desorientados a los vecinos de don Manuel y don Patricio.

—Acepto—respondió Rosalía con una voz apenas perceptible.

—¡Huyamos! ¡huyamos!, pues—repetía Fernando, medio loco por la felicidad que le embargaba.

LA PROXIMA NOVELA SE TITULARA

PUEBLO EN SOMBRA

Escrita por SALVADOR CORDON

Dos obras capitales de la literatura rusa

LOS HERMANOS KARAMAZOW

por el novelista ruso FEDOR DOSTOIEWSKY

En LOS HERMANOS KARAMAZOW es donde la personalidad del formidable moderno escritor Dostoiewsky se destaca con más relieve, adquiriendo las gigantescas proporciones de los grandes autores de la antigüedad. La forma poémica en que esta novela está trazada hace que las pasiones que agitan a sus personajes reflejen un fondo de humanidad tan vivo y transcendente, que sólo es posible hallarlo en las más encumbradas concepciones homéricas o shakesperianas. Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía y más de 350 páginas, 3 pesetas

LA VIDA DE UN HOMBRE INNECESARIO (La Policía secreta del Zar)

SEGUNDA EDICIÓN

por MÁXIMO GORKI

Esta es una de las mejores obras que han salido de la pluma de Gorki, tan apta para crear buenas obras. Formidable ariete contra las prácticas policíacas. Libro henchido de humanidad hacia las víctimas de la tiranía. Novela que, a través de su argumento de enorme fuerza dramática, nos descubre la vida entera de los hombres que preparan las revoluciones. Un tomo en rústica, con portada a tricromía, 2 pesetas

El libro de mayor éxito en los últimos tiempos

HISTORIA UNIVERSAL DEL PROLETARIADO

(Veinte siglos de opresión capitalista)

Narración patética y emocionante de todos los dolores, todas las miserias y todas las crueldades que a través de los siglos ha venido sufriendo el proletariado de todos los países. HISTORIA UNIVERSAL DEL PROLETARIADO contiene las enseñanzas más provechosas para la clase obrera. Dos grandes tomos de unas 700 páginas cada uno, encuadernado en rica tela, 12 ptas. la obra completa